

## ANTROPOLOGÍA

*Jesica Carreras*<sup>1</sup>

*Facundo Petit*<sup>2</sup>



### EL DETERIORO DE LAS MATERIALIDADES PANDÉMICAS EN TILCARA (JUJUY, ARGENTINA). REFLEXIONES ANTROPOLÓGICAS EN EL FIN DE LOS PROTOCOLOS

### THE DETERIORATION OF PANDEMIC MATERIALITIES IN TILCARA (JUJUY, ARGENTINA). ANTHROPOLOGICAL INSIGHTS IN THE END OF PROTOCOLS

---

<sup>1</sup> Instituto Interdisciplinario Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires (FFyL. UBA), Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Belgrano 445, (C4624) Tilcara. jesticarreras@gmail.com

<sup>2</sup> Instituto Interdisciplinario Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires (FFyL. UBA), Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Belgrano 445, (C4624) Tilcara. facundo.petit@gmail.com

## RESUMEN

La pandemia de COVID-19 produjo una profunda transformación de la vida cotidiana en sus múltiples dimensiones. En este artículo analizamos la aparición, incorporación y deterioro de las materialidades pandémicas en Tilcara (Jujuy, Argentina), aquellas que fueron implementadas en el espacio público como parte de los protocolos de bioseguridad: cartelera, demarcadores de distancia, barbijos y dispensadores de alcohol en gel. En términos teóricos, triangulamos aportes de tres tradiciones diferentes: los estudios antropológicos y arqueológicos sobre las materialidades, las cronotopías culturales y la antropología de la experiencia. A partir de estas corrientes y del registro fotográfico y etnográfico que produjimos en Tilcara durante los dos años de pandemia, planteamos cómo este contexto impuso un régimen material heterogéneo que ha dejado un margen para la creatividad social y la apropiación y resignificación local de estas materialidades, con un impacto en la configuración de diversas alteridades. Situados en el fin de los protocolos, donde las materialidades están sobreviviendo a las prácticas pandémicas, abordamos finalmente algunas claves interpretativas para pensar en estos objetos como el registro material de un pasado reciente.

**Palabras clave:** pandemia, materialidades, alteridad, protocolos de bioseguridad, Tilcara.

## ABSTRACT

The COVID-19 pandemic produced a profound transformation of daily life in its many dimensions. In this article we analyze the appearance, incorporation and deterioration of pandemic materialities in Tilcara (Jujuy, Argentina), those that were implemented in the public space as part of the biosafety protocols: posters, distance markers, facemasks and alcohol dispensers. In theoretical terms, we triangulate contributions from three different traditions: anthropological and archaeological studies on materialities, cultural chronotopies, and the anthropology of experience. Based on the photographic and ethnographic record that we produced in Tilcara

during the two years of the pandemic, we propose how this context imposed a heterogeneous material regime that has left room for social creativity and the local appropriation and resignification of these materialities, with an impact on the configuration of various alterities. Located at the end of the protocols, where materialities are surviving pandemic practices, we address some interpretive keys to think of these objects as the material record of a recent past.

**Keywords:** pandemic, materialities, alterity, biosafety protocols, Tilcara.

## INTRODUCCIÓN

*The virus grows, the borders close, looks like we're trapped in lockdown blues.*

“Lockdown Blues”. Erlend Øye & La Comitiva.

En marzo de 2020, la Organización Mundial de la Salud (OMS) declaró al COVID-19 como pandemia, a raíz de la propagación mundial de la enfermedad provocada por el virus Sars-CoV-2. Al igual que muchos otros lugares, Tilcara –localidad de la provincia de Jujuy (Argentina) situada en la Quebrada de Humahuaca (Figura 1)– sufrió una profunda transformación a partir de las medidas políticas orientadas al aislamiento (Carreras y Petit, 2020; Petit y Carreras, en prensa; Quispe, 2020)<sup>3</sup>. Negocios cerrados, horarios modificados, restricciones para salir al espacio público. Lo mismo pasó con nuestras vidas cotidianas. El abrazo como peligro, el temor al cuerpo del otro, la posibilidad latente al contagio<sup>4</sup> de una enfermedad desconocida y potencialmente mortal, por parte de personas que tanto presenten síntomas como no. Desde las ciencias sociales, distintos trabajos han planteado cómo la pandemia de COVID-19 modificó la concepción

---

<sup>3</sup> En Argentina, estas medidas políticas tuvieron su origen con el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio (ASPO), el 20 de marzo de 2020.

<sup>4</sup> El virus puede ser contagiado a través del contacto directo con una persona infectada, al recibir alguna partícula de saliva, o bien de forma indirecta, a través del contacto con superficies.

social de los cuerpos como artefactos peligrosos (Boschín, 2020; Carreras y Petit, 2020; Finol, 2020; Fontana Sierra, 2020; Guerra Navarro, 2020; Mansilla Torres, 2021; Petit y Carreras, en prensa; Zapata Hidalgo, 2020). Esto se enmarca, asimismo, en que esta pandemia provocó una dislocación de la vida social en sus múltiples planos, pudiendo considerarla –en términos de Marcel Mauss– como un hecho social total (Mastrangelo, 2020; Rial, 2020; Romero Gorski *et al.*, 2020).

Figura 1. Mapa de la provincia de Jujuy, con la localidad de Tilcara resaltada.



Fuente: Instituto Geográfico Nacional.

La pandemia, que tuvo su origen en 2020, atravesó distintos momentos hasta el presente –agosto de 2022–, propios de un flujo caracterizado por mayores y menores tasas de mortalidad y de contagios; pulsos que tuvieron un profundo efecto en la concepción social de la temporalidad pandémica como un periodo atravesado por la anomalía y la incertidumbre (Boschín, 2020; Petit y

Carreras, en prensa; Visacovsky, 2021). En cuanto a los flujos, uno de los impactos más grandes en Tilcara se dio con la suspensión de la actividad turística, puesto que en las últimas dos décadas la mayor parte de los habitantes del pueblo ha pasado gradualmente a depender del flujo económico que acude con la movilización de turistas (Braticevic y Rodríguez, 2017; Troncoso, 2009). Hoy en día la pandemia, como evento epidemiológico definido por la OMS, sigue vigente. Sin embargo, en un plano más cotidiano, parece haber terminado. Entre varios factores, podemos atribuir esto a una disminución en la percepción del riesgo frente al contagio (de la mano de la eficacia de la vacunación masiva), una fuerte baja de las tasas de mortalidad, la desaparición de medidas políticas, normas vigentes que ya no se hacen cumplir, prácticas que quedaron en desuso.

La coyuntura pandémica llevó a que, tanto en el espacio público como en nuestros hogares, debamos regirnos por protocolos preventivos de bioseguridad, que además de tener un profundo impacto en las relaciones intercorporales (Csordas, 2008) y en la regulación de la proxémica (Hall, 2003 [1966])<sup>5</sup>, trajo consigo la implementación de una serie de materialidades asociadas. Estos protocolos fueron bastante parecidos a nivel global: uso de barbijos, tapabocas o mascarillas; distanciamiento de dos metros entre los cuerpos; alcohol en gel para la sanitización de las manos tras el contacto con superficies y objetos (Figura 2). De estas materialidades y prácticas sociales, las más abordadas por las ciencias sociales han sido los barbijos, considerando, por ejemplo, el impacto de su uso en la sociabilidad (Argüello, 2020) y como parte de una tecnología de control centrada en el ocultamiento del rostro (González y Winckler, 2020). Por otro lado, el señalamiento normativo de la necesidad de la “distancia social”, como marcan los protocolos, ha sido puesto en debate por distintos autores, planteando interrogantes orientados a definirla, más bien, como una distancia física; o, en otros términos, delimitar de qué tipo de proximidad se estaba hablando (Finol, 2020; Zunino Singh, 2020).

---

<sup>5</sup> Ambos conceptos fueron trabajados en un artículo anterior (Petit y Carreras, en prensa), en relación con la implementación en el contexto pandémico de las normas protocolares de higiene y distancia.

Figura 2. Cartel de la municipalidad de Tilcara que indica el protocolo de bioseguridad a seguir en el contexto de la pandemia por COVID-19.<sup>6</sup>



En este artículo tenemos por objetivo analizar la aparición, incorporación y el deterioro de las materialidades pandémicas en Tilcara, es decir, aquellas asociadas a los protocolos de bioseguridad: cartelera informativa, demarcadores de distanciamiento físico, barbijos y dispensadores de alcohol. Buscamos problematizarlas en relación con una perspectiva antropológica que dé cuenta del rol de estas materialidades en la configuración de alteridades sociales, así como los cambios que hemos observado en diferentes prácticas sociales mediadas por estos objetos y sus propiedades. Para ello, entonces, retomamos herramientas teóricas en torno al abordaje

<sup>6</sup> Todas las fotografías fueron tomadas por Jessica Carreras y Facundo Petit entre 2021 y 2022.

antropológico y arqueológico sobre las materialidades, por un lado, y herramientas analíticas sobre la configuración semiótica, cultural y simbólica de los lugares, por el otro.

Este texto, articulado con una serie de imágenes que funcionan como contrapunto de lo escrito, se desprende de nuestro trabajo de campo etnográfico llevado a cabo durante 2020 y 2021. Durante estos años, el contexto pandémico nos llevó a centrar la mirada en el lugar donde vivimos, condicionados por las medidas políticas orientadas al aislamiento y la restricción de la movilidad. De esta manera, planteamos una metodología basada en la realización de entrevistas semi-estructuradas (Guber, 2001) a habitantes del pueblo dedicados a diferentes actividades (comerciantes, médicas, trabajadores del sector turístico, entre otros). A su vez, aprovechamos el régimen de salidas impuesto en la primera etapa de la pandemia para realizar un registro fotográfico de las distintas transformaciones que observamos en la fisonomía y dinámica del pueblo. A partir de este trabajo de campo, concentrado entre julio y agosto de 2020, publicamos un primer artículo que, en diálogo con vecinos y vecinas, abordó las transformaciones que se evidenciaron en los modos de habitar Tilcara durante los primeros meses de la pandemia (Carreras y Petit, 2020). Dicho texto contiene, así, las primeras impresiones, vivencias y reflexiones de una anormalidad que nos tenía a todos y todas con el extrañamiento a flor de piel.

Tras esta primera instancia, y a medida que el encierro absoluto fue dando lugar a políticas nacionales y provinciales de aperturas progresivas en Jujuy (Bernasconi *et al.*, 2021; Petit y Carreras, en prensa), continuamos con el trabajo de campo, reafirmando la metodología etnográfica planteada, esta vez orientada a *sostener el extrañamiento* que entre los habitantes de Tilcara estaba dando paso a una necesaria normalización. A partir de ello, plasmamos los resultados en un artículo en el que analizamos las concepciones de normalidad y los imaginarios de futuro que se desarrollaron durante 2020 y 2021, en el contexto de incertidumbre ante los cierres y aperturas de las distintas actividades sociales y económicas (Petit y Carreras, en prensa). Basándonos en los aportes de la antropología de los desastres, distinguimos, así, cuatro instancias intersubjetivas vinculadas con la construcción social de la normalidad: una



normalidad pre-pandémica, un estado de anormalidad, la necesidad de normalización, y la construcción paulatina de una nueva normalidad.

De esta manera, así como escribimos y reflexionamos sobre la pandemia en su inicio y en una instancia intermedia, este texto se sitúa en el final, con los contornos ya definidos de la nueva normalidad y las transformaciones a mediano plazo que nos ha dejado el contexto pandémico. Si bien en esos trabajos un eje estuvo centrado en la concepción social de los cuerpos, en tanto arqueóloga y antropólogo un foco lo tuvimos siempre en la transformación más evidente de nuestras vidas cotidianas: la aparición y diseminación de materialidades asociadas con la temporalidad pandémica. Aquí analizamos, entonces, cómo la producción de regímenes materiales heterogéneos dejó un margen para la creatividad social y la apropiación y resignificación local de estas materialidades. Como esta es una investigación que lleva dos años, damos cuenta no solo de las implicancias sociales y culturales de estas materialidades, que en un momento predominaron en el espacio público, sino también de cómo éstas han sufrido un deterioro con el paso del tiempo, aspecto que nos habla de una incorporación de la pandemia a nuestras vidas cotidianas; del virus ya no como invasor, sino como cohabitante (Petit y Carreras, en prensa). Finalmente, planteamos cómo de este pasaje de la novedad disruptiva al acostumbramiento y la normalización, muchas de estas materialidades han comenzado a formar parte del registro arqueológico de Tilcara.

Hemos organizado este artículo en tres partes. En la siguiente planteamos las herramientas teórico-metodológicas que nos han permitido profundizar en el rol de las materialidades en la vida social desde una perspectiva antropológica y arqueológica. Retomamos allí el concepto de cronotopías culturales, que habilita un análisis de estas materialidades como enunciados situados en el espacio y el tiempo, desde un enfoque semiótico, simbólico y cultural. Para darle un marco más metodológico a este concepto teórico, lo combinamos con los aportes de la antropología de la experiencia. Luego, presentamos los resultados de nuestra investigación, dando cuenta de la aparición, incorporación y deterioro de las materialidades que se impusieron con el contexto pandémico. Asimismo, articulamos la presentación



de estas materialidades con análisis preliminares que son retomados en la última parte del artículo, donde planteamos las reflexiones que surgen desde el fin de las normativas y los protocolos pandémicos.

### **SOBRE LOS REGÍMENES MATERIALES PANDÉMICOS**

El interés por las materialidades ha tenido diferentes derroteros en antropología y en arqueología. Por su parte, como han reseñado recientemente Puglisi (2018) y Ceriani Cernadas y Puglisi (2021) –con el foco puesto en las materialidades de la vida religiosa–, en antropología hubo un hiato entre la década de 1940 y 1980 en cuanto al abordaje de la cultura material y objetual. Señalan que fue la edición de un volumen entero dedicado a la materialidad, por parte de George Stocking (1985), el que planteó un nuevo impulso de este interés en la disciplina antropológica. De acuerdo con Ceriani Cernadas y Puglisi (2021), en dicho tomo “es claro que la objetualidad es un diacrítico clave para abordar el objeto de estudio de la antropología, la alteridad u otredad cultural” (p. 90). Es por ello que Daniel Miller (1998, 2007) también enfatiza el resurgimiento del interés antropológico por las materialidades, planteando justamente la necesidad de una comprensión profunda de la inseparabilidad entre las personas y los materiales, cosas u objetos.

Sin embargo, Carl Knappet (2007) sostuvo que la temporalidad inherente a los análisis de la antropología y de la arqueología ha generado ciertas limitaciones para ambas disciplinas: a la arqueología le es difícil ver lo social a través de las materialidades del pasado, mientras que la antropología, enfocada en las redes de relaciones sociales actuales, suele desconocer el rol de lo material y sus propiedades. Siguiendo lo planteado por Hodder (2004), aquí sostenemos que la cultura material es activa y se encuentra constituida significativamente a partir del vínculo de las personas con los objetos. En este sentido, la cultura material tiene un uso activo y un efecto en el mundo social. Por esa razón, es importante tener presente una mirada menos esencialista y cristalizada de los objetos, para poder así pensar en sus flujos, propiedades materiales, transformaciones, y desde allí trazar las relaciones con el mundo social de las personas (Ingold, 2007, 2012; Knappet, 2007).

Considerando estas perspectivas teóricas sobre la materialidad, se nos abre una nueva serie de interrogantes frente a la cultura material que sobrevino con la pandemia de COVID-19. En este sentido, la pandemia introdujo nuevos regímenes materiales, conformados a partir de la resignificación de objetos y sustancias que existían previamente, pero que se incorporaron como modos de prevenir y defender a los cuerpos humanos de la amenaza de un patógeno biológico con una alta tasa de circulación y contagio. Podemos mencionar cuatro materialidades que aparecieron, se incorporaron y luego deterioraron con el devenir de la pandemia: 1. cartelera informativa; 2. demarcadores de distanciamiento físico; 3. barbijos; y 4. alcohol en gel. Estas materialidades formaron parte, así, de un régimen de carácter excepcional, sujeto a normativas dinámicas y en principio improvisadas por la aparición y diseminación abrupta y rápida del virus. Régimen, a su vez, heterogéneo, si consideramos que de las normativas nacionales e internacionales ha existido una apropiación local, guiada por una creatividad social que resignificó estas materialidades. Pero, principalmente, un régimen que instauró una serie de materialidades que por sus propiedades sobreviven a la norma, en un proceso de descarte, deterioro y desuso.

Sobre la base de los escritos de Mijail Bajtín, Pampa Arán (2016) ha propuesto el concepto de “cronotopías culturales”, dándole un enfoque de análisis espacial y temporal a aquellas marcas materiales que, en tanto enunciados, se inscriben en los lugares como parte de una experiencia social y colectiva. De esta manera, este aporte conceptual permite interpretar “las formas históricas de intervenciones o prácticas que se inscriben en espacios reales y le dan su fisonomía (fija y móvil)” (Arán, 2016, p. 149). Desde esta perspectiva, resulta interesante contar con un registro de las diferentes materialidades que fueron ocupando gradualmente el espacio público durante esta temporalidad pandémica, superponiéndose a la capa o al suelo que solíamos habitar, y que con el devenir de la pandemia comenzamos a llamar normalidad.

Esta perspectiva centrada en la dimensión semiótica, cultural y simbólica de los lugares en tiempos determinados permite profundizar en las consecuencias que el flujo de las materialidades pandémicas ha tenido en un plano social. De hecho, con la aparición, incorporación,

descarte y deterioro de barbijos, dispensadores, cartelería y demarcadores espaciales, existió una transformación, asimismo, en las prácticas sociales involucradas con el devenir pandémico, principalmente en el espacio público, es decir, aquel donde prima lo colectivo, lo visible y lo abierto (Rabotnikof, 1998). Este proceso llevó a que estos objetos, primero de presencia masiva y actualmente más dispersos, expresen diferentes nociones de peligrosidad en el espacio público en el encuentro con otros cuerpos.

En términos teóricos, aunque también para darle un marco metodológico a las cronotopías culturales, retomamos esta idea de “expresión” a partir de lo que ha sido desarrollado en términos de una antropología de la experiencia (Bruner, 1986). En diálogo con Victor Turner, y retomando las premisas de la filosofía de Dilthey, Bruner considera a la expresión como todo discurso a través del cual la vivencia personal e inenarrable pasa a un plano social e intersubjetivo. Es decir, cuando la experiencia se objetiva no solo en palabras, sino también en formas artísticas, textos, representaciones, señales; todo lo que permita objetivar aquello que se encuentra latente en los sujetos.

De esta manera, el marco teórico de este artículo triangula aportes vinculados a los estudios de las materialidades, de los lugares y de la experiencia. Por lo tanto, a continuación, desglosamos el análisis de las diferentes materialidades pandémicas que se instalaron y poblaron el espacio público, tanto en sus superficies fijas como en los cuerpos móviles. Entendemos, así, a estas materialidades como expresiones de la experiencia social y localmente situada de la pandemia, y como mediadores objetuales de decisiones políticas, consensos y contradicciones sociales.

## CUATRO MATERIALIDADES DE LA PANDEMIA

### CARTELERÍA

Entre varias cuestiones que han llamado la atención en cuanto a la transformación de Tilcara durante la pandemia, cabe destacar la profusión de carteles, papeles, banderas y láminas que expresan –

de forma clara y hasta pedagógica– la necesidad de cumplir con el protocolo de bioseguridad frente al modo de propagación del virus que provoca la enfermedad del COVID-19. Estos carteles solían estar pegados en las vidrieras de los negocios, las puertas y paredes de edificios públicos, postes de luz en las veredas. Sin embargo, los carteles no presentaban un diseño homogéneo ni una estética definida (Figura 3). Además de aquellos oficiales, producidos por la municipalidad (como se muestra en la Figura 2), muchos fueron descargados de sitios de internet, confeccionados de forma personal, adaptados de otros, o bien han quedado instalados en distintas etapas de la pandemia.

Figura 3. Cartel diseñado por un comerciante que da cuenta de la creatividad puesta en juego en la comunicación de los protocolos.



Los productores de esta cartelería no fueron únicamente las autoridades municipales, provinciales o nacionales. Tanto la estética visual como el mensaje quedaron a discreción de cada comerciante, quienes fueron los responsables de poner carteles para cumplir con

la normativa municipal. De esta forma, los carteles se convirtieron en un medio de expresión visual, que comunicaba aquellos aspectos del comportamiento de los otros que les resultaban más chocantes en su experiencia cotidiana-pandémica. Así, podemos notar cómo la cartelería no solo concentró la comunicación de las nuevas prácticas pandémicas; tampoco fue solo un refuerzo visual de las normas jurídicas y sociales. En muchos casos, los carteles interpelaron directamente al señalado como desobediente (Figura 4). Durante los primeros meses de la pandemia, en Tilcara los desobedientes eran los vecinos y vecinas que no usaban barbijo, o que transgredían la restricción de salir y juntarse con otros. Pegados durante gran parte del año 2020, muchos de estos carteles resisten aún el embate del viento, pero han sido decolorados por el fuerte sol de la Quebrada.

Figura 4. Carteles alusivos a los vecinos desobedientes, diseñados por una comerciante de Tilcara.



Ahora bien, con el regreso –sin restricciones– de la actividad turística, principalmente desde julio de 2021, mucha de la cartelería tilcareña comenzó a interpelar directamente al turista en la necesidad de usar el barbijo para cuidarse y cuidarnos. Así, comenzó a configurarse la alteridad del turista, quienes en las entrevistas realizadas han sido los principales señalados como incumplidores de las normas (Figura 5). Estos carteles poblaron las calles del centro de Tilcara, quedando muy pocos establecimientos y paredes sin algún tipo de referencia escrita y visual a la pandemia. De hecho, carteles que no eran estrictamente sobre los protocolos de bioseguridad, como invitaciones a eventos comunitarios, o el anuncio de ferias comerciales, tuvieron en algún lugar, chiquita, la mención sobre la necesidad de usar barbijo, alcohol en gel, y mantener la distancia.

Figura 5. Carteles que interpelan a los turistas como incumplidores de los protocolos, poniendo en riesgo la salud de los comerciantes y del pueblo.



Es así, que el hallazgo fortuito de estos carteles en el futuro nos indicará, de alguna u otra manera, que se trató de un material asociado al tiempo de esta pandemia específica. Permítannos ilustrar esta posibilidad con una experiencia que tuvimos, justamente, durante la pandemia de COVID-19. Caminábamos por el Barrio Estación, cuyo nombre alude a la presencia de la estación de tren que quedó en desuso en 1994. Fue en ese año que la empresa nacional Ferrocarriles Argentinos fue privatizada a raíz de la política neoliberal impulsada durante la presidencia menemista (Schweitzer, 2014).



Mirando una puerta de uno de los edificios abandonados, el *hall* central de la estación Tilcara, notamos un cartel atrapado entre el vidrio y el postigo. Nos acercamos, y nos sorprendimos al ver que era un cartel que hacía alusión a la epidemia del cólera, que en Argentina tuvo un rebrote entre 1992 y 1993 (Figura 6). Un cartel atrapado en un edificio detenido en el tiempo. ¿Existe acaso un demarcador temporal más claro que este? De esa época, a raíz de una intensa campaña estatal, hemos incorporado ciertas prácticas que hoy nos resultan evidentemente necesarias: higienizar las manos luego de usar los sanitarios; lavar las verduras y las frutas. A partir de este hallazgo, cabe preguntarnos: ¿qué prácticas sociales serán las que perdurarán cuando esta pandemia, finalmente, termine?

Figura 6. Cartel alusivo al rebrote de cólera que se desarrolló en Argentina en 1992, en la estación ferroviaria de Tilcara en desuso desde esa época. El cartel dice: “Prevención del cólera. Señor Usuario: en beneficio de su salud se ruega no utilizar los baños de los vagones cuando los mismos se detengan en estaciones de toda la red, especialmente en las de zonas urbana y suburbana”.





## DEMARCADORES DE DISTANCIAMIENTO FÍSICO

Frente a la necesidad de distanciar físicamente a los cuerpos que esperaban para ser atendidos en el hospital, en el banco, o en los comercios, la normativa municipal exigió pintar distintos marcadores en las veredas, separados por un metro y medio. Líneas blancas, amarillas y rojas, huellas de pies humanos, huesos en las tiendas de mascotas. Esto estaba orientado a limitar el ingreso de personas en los locales, respetando el aforo permitido. En comercios muy pequeños, la restricción de ingreso estaba demarcada por cintas o cadenas que obligaba a los clientes a quedarse afuera, con el efecto de tener que elevar la voz para comunicarse con los vendedores a través de los barbijos. Dentro de los comercios, o en establecimientos públicos como el mercado municipal, los suelos se llenaron de marcas autoadhesivas, más que nada flechas que indicaban circuitos que nunca fueron respetados. A su vez, como destacamos en Carreras y Petit (2020), los puestos itinerantes que se arman y desarman cada día en el sector abierto del mercado municipal fueron separados entre sí por un metro y medio y encapsulados en estructuras de plástico transparente, que recién dejaron de ser obligatorias a fines de 2021. Coincidimos aquí con Zunino Singh (2020) que lo que era planteado en términos protocolares como distancia social era, en realidad, una distancia física demarcada por estas normas y materialidades.

Las semanas se convirtieron en meses, y los meses en años. Con el paso del tiempo, los protocolos se flexibilizaron y la noción del riesgo disminuyó paulatinamente. Existieron ciertos momentos de alerta producidos por el aumento de contagios, principalmente con la aparición de nuevas mutaciones del virus cada vez más contagiosas y difíciles de prevenir. En este proceso, con el caminar continuo, las marcas se fueron desgastando. Muchas de ellas se despintaron al punto de no dejar rastro de su existencia; de otras solo quedan vestigios (Figura 7). Solo algunas fueron repintadas, se trata de una excepción, como el caso del hospital, que hoy en día es el centro de vacunación y de atención a posibles contagiados.

Figura 7. Demarcadores de distancia en las veredas y el mercado municipal, desgastados por las pisadas y el paso del tiempo.



Resulta coherente este proceso, pues lo que observamos es que el distanciamiento físico fue lo más difícil de hacer cumplir. Más de una vez notamos, alertados, que un agente policial se acercaba a grupos de tres o cuatro personas, en la plaza, para dispersarlas. En las primeras etapas de la pandemia, también, cuando estaba prohibido salir los domingos, el mismo intendente iba en un auto con megáfono indicando la necesidad de respetar los protocolos, comprar y volver, de mantener la distancia. Así, con el recordatorio permanente, las personas mantuvimos la distancia, siempre que pudimos. Y cuando se transgredió esta norma, fue con la noción de estar poniéndonos en peligro. En las entrevistas que realizamos en junio de 2020, la distancia física fue reivindicada con aquellas personas desconocidas, en momentos de espera, o con vínculos poco cercanos. Sin embargo, en el caso de amigos o familiares, este distanciamiento físico sí implicó una distancia social, y el abrazo fue lo primero que se echó de menos (Carreras y Petit, 2020).

A su vez, como planteamos en un texto anterior (Petit y Carreras, en prensa), la normativa por el distanciamiento físico, plasmada materialmente en estas señales diversas, implicó la necesidad de buscar maneras creativas de saludarnos sin acercarnos demasiado. Fue así que primero surgió la posibilidad de chocar los codos; luego de hacer lo propio con los puños. Sin embargo, el devenir de la pandemia, con sus avances y retrocesos, fue habilitando progresivamente el encuentro. La necesidad del encuentro social, de juntarnos para celebrar, acompañar, divertirnos, movernos, fue más fuerte que el riesgo del contagio. Este retorno a la vida social fue teniendo flujos durante 2020 y 2021, también guiados por intereses y necesidades políticas y económicas, y se concretó sin limitaciones a finales de 2021. Fue por ello que las líneas y demarcadores tienen un significado unívoco y claro, pero no son respetadas, así como los aforos permitidos en espacios cerrados. En definitiva, porque la práctica y la necesidad de la cercanía social rápidamente se impuso sobre el ideal de la distancia física.

## BARBIJOS

Cuando la pandemia y la cuarentena eran todavía eventos por suceder en Argentina –estamos hablando de la primera quincena de marzo de 2020–, comenzamos a caminar las calles de Tilcara en busca de un barbijo. Queríamos comprar uno para conservar como objeto de época, el signo de una década marcada por un régimen corporal emergente y materialidades novedosas que se presentaban paso a paso en el espacio público. Tras mucho esfuerzo, conseguimos dos –uno rosa, otro lila– que hoy reconocemos como de tipo quirúrgico. Los pagamos doscientos pesos cada uno (actualmente se venden entre cinco y quince por cien pesos). Se trataba de una novedad, aunque gradualmente pasaron de ser un objeto de uso personal vinculado con la higiene social a un objeto de consumo. Comenzó a ser producido en los hogares y comercializado en el mercado municipal, la plaza y comercios, con todo tipo de imágenes y estilos para asimilarlos a las diversas identidades personales y sociales que asumimos en nuestras vidas cotidianas. Cabe destacar que los barbijos están compuestos de diferentes telas (algunas ofrecen más protección que otras), plásticos y elásticos. Eso hizo posible la confección artesanal de este *ítem* que se volvió imprescindible para salir al espacio público.

De las materialidades involucradas en los protocolos de bioseguridad, el barbijo es quizás aquello que se presenta con mayor fuerza para pensar nuestras contradicciones, los debates, el reconocimiento del otro y de sí mismo (Argüello, 2020; González y Winckler, 2020). En el uso de barbijo se inmiscuye, así, la noción de riesgo, el estatus de los cuerpos, el cuidado del otro, la definición de la alteridad, el rol del Estado, la concepción de la normalidad y de la incertidumbre. Desde un enfoque antropológico, solemos pensar en esta dimensión de la vida –la sociocultural– por medio del análisis de aquellos símbolos culturales que nos permiten adentrarnos en las problemáticas sociales de nuestros interlocutores (Turner, 2013 [1967]). En este caso, el barbijo es un poderoso símbolo que condensa todas estas cuestiones sociales y culturales. Es por ello que, en Tilcara, al igual que en otros lugares, el uso de barbijo se convirtió en un eje de disputa social y de sentido en torno a la coyuntura pandémica. Aquellos habitantes que descreyeron desde un comienzo de las

perspectivas científicas sobre la pandemia comenzaron a visibilizar su disidencia a través de grupos de *whatsapp*, y en cierto momento algunos de ellos hasta tramitaron *carnets* que supuestamente los eximía de su uso. En esta línea, también se convirtieron en el centro de la vigilancia policial y social, y circularon videos donde discutían con vecinos y eran detenidos en la comisaría.

Sin embargo, durante el primer año de la pandemia en Tilcara, el acatamiento en el uso del barbijo fue casi total. Al caminar por las calles (e incluso por los cerros), resultaba muy extraño cruzarse con personas que no llevaran parte de su cara cubierta por este objeto. Esas pocas personas que no lo usaban eran señaladas por nuestros entrevistados como un otro desobediente e incumplidor. Durante este primer momento, además, las fuerzas de seguridad fueron las encargadas de hacer cumplir su uso, cuya obligatoriedad estaba planteada por un decreto provincial que se instauró algunos días antes de que fuera una normativa nacional, es decir, con la implementación del ASPO. Con el paso de los meses, y con el relajamiento de los protocolos, comenzamos a notar una mayor dispersión en las caras tapadas. Aparecieron nuevamente narices y bocas en la vía pública, rostros reconocibles con rasgos y gestos descubiertos. Fue recién el 26 de marzo de 2022 que se decretó a nivel provincial que el uso de barbijo dejaba de ser obligatorio, únicamente en espacios abiertos. Sin embargo, en un plano social, bastante antes de ello, el uso de barbijo pasó a ser un criterio personal e individual. Más allá de algún comerciante que insiste en negar la atención a clientes sin este material en sus rostros, nadie se sorprende u ofende frente a las caras destapadas, que hoy en día predominan nuevamente en el espacio público.

En Tilcara, sin embargo, la necesidad del uso de barbijo para el cuidado del otro ha tenido como efecto que no solo nos crucemos con humanos utilizando este elemento íntimo y personal, sino con otros personajes de la iconografía local orientados al turismo, como cardones y llamas (Figura 8). Esto nos lleva a pensar en cómo el uso de barbijo se convirtió en algo más que una norma impuesta a nivel estatal y municipal, para ser parte de un consenso colectivo y mayoritario orientado al cuidado social.



Figura 8. Representaciones de un cardón y una llama utilizando barbijo.



Por otra parte, cabe destacar aquellas señales presentes en el único hospital del pueblo, el cual se vio varias veces colapsado a lo largo de estos dos años. A principios de 2022, en la entrada del establecimiento se instaló un cartel que agradece a la comunidad por el apoyo recibido durante la pandemia. Este es otro de los factores que nos hace pensar que la pandemia está llegando a su final (Figura 9). Desde el año 2021, en una de las paredes del hospital se encuentra apoyada una ermita que refleja la lucha de un trabajador de la salud, protegido por la Virgen de Copacabana del Abra de Punta Corral y por un barbijo, por el destino del mundo frente al ataque del nuevo coronavirus 19 (Figura 10).

Figura 9. Mensaje de agradecimiento del personal del hospital hacia el pueblo tilcareño.





Figura 10. Ermita en el hospital público de Tilcara.



Las ermitas son cuadros de amplias dimensiones que recrean escenas cristianas. Están compuestos por flores, semillas, tierra y frutos, y son expuestos en las calles del pueblo durante Semana Santa. En este caso, se trata de la inclusión de la coyuntura pandémica en la representación de escenas significativas y religiosas. En 2021 las ermitas no fueron expuestas en el espacio público como marca la tradición de esta época, por ello la fotografía fue tomada dentro del hospital, el día que nos aplicamos la primera vacuna contra el COVID-19. Sin embargo, en 2022 sí pudimos recorrer las calles de Tilcara durante este evento, y registramos dos ermitas con motivos alusivos a la lucha de la humanidad contra la pandemia (Figura 11).

Figura 11. Ermitas expuestas en la entrada del hospital y en la esquina de la comisaría durante la Semana Santa de 2022.



Desde aquella primera búsqueda, hemos comprado decenas de barbijos de distintos materiales y estilos, y del esfuerzo por encontrarlos pasamos a verlos arrojados en las calles, cubiertos de tierra, conformando una verdadera estética pública de la pandemia

(Figura 12). ¿Será que son descartados deliberadamente en la vía pública? ¿O que se caen de los bolsillos de transeúntes distraídos? ¿Acaso vuelan de las bolsas de basura? Cada vez que encontramos uno, no podemos evitar fotografiarlo, y con ello imaginarnos una arqueología que en el futuro contemple esta capa sedimentológica, diagnóstica de la pandemia, conformando el relato sobre el pasado tilcareño entre barbijos y vasijas prehispánicas<sup>7</sup>.

Figura 12. Barbijos semi enterrados en los suelos de Tilcara.



<sup>7</sup> Tilcara es conocida como “capital arqueológica” por la presencia del Pucará de Tilcara, sitio de investigaciones arqueológicas y atractivo turístico. A su vez, el actual pueblo está emplazado sobre ocupaciones prehispánicas.



## ALCOHOL (DILUIDO Y EN GEL)

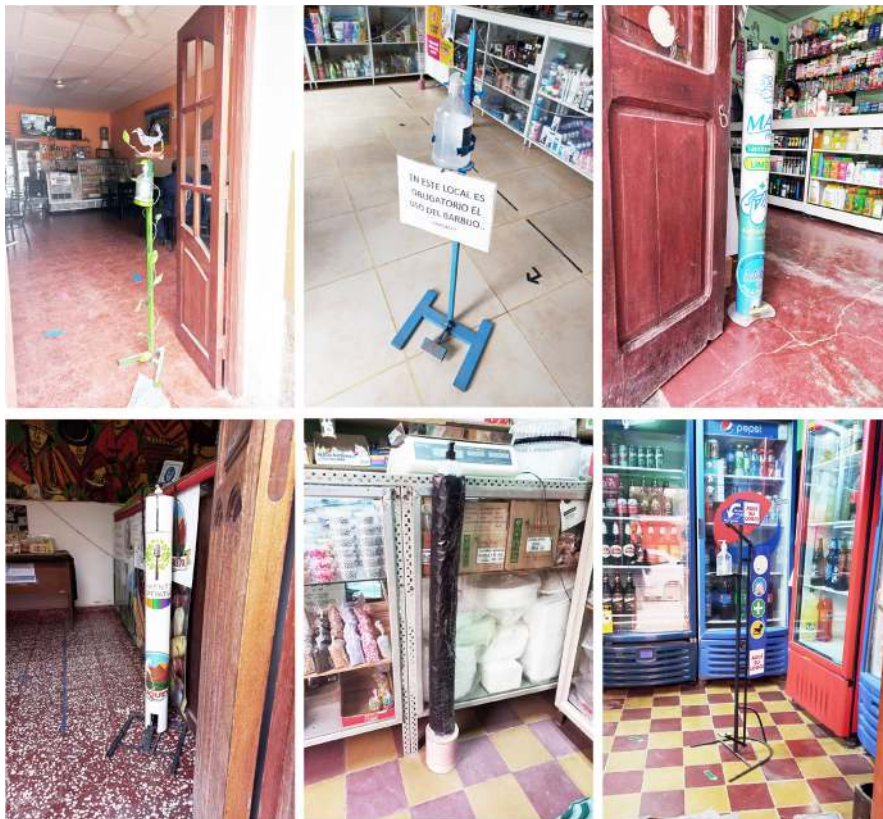
Si bien el barbijo se asocia a otras epidemias de enfermedades respiratorias que han afectado distintas regiones del mundo a lo largo de la historia, antes de marzo de 2020 la imagen de su uso se restringía casi exclusivamente a urbes de países asiáticos. Fue por eso, quizás, que su disseminación por los rostros en la vía pública generó un profundo estado de anormalidad y estupefacción. El alcohol en gel, por otro lado, tiene un antecedente más reciente en nuestras vidas cotidianas, con la irrupción pandémica de la gripe A-H1N1 durante el año 2009. Sin embargo, la norma establecía en dicho caso el uso exclusivamente personal del alcohol en gel. Con la pandemia de COVID-19, la disponibilidad de alcohol, tanto en gel como diluido en un 70% en agua, consistió en una de las principales normas de prevención.

Es más, las botellas de alcohol en gel, al igual que el barbijo, se convirtieron en un símbolo material que comenzó a compartir la escena con otros seres poderosos. En Jujuy, durante los primeros meses de la pandemia, primero de forma diaria y luego semanal, se emitieron informes por televisión donde el gobernador de la provincia, junto con varios funcionarios del gobierno que conformaban el Comité de Operaciones de Emergencia (C.O.E.), difundían las cifras de los contagios, y actualizaban las medidas de prevención. En estos informes, sobre la mesa de los funcionarios provinciales, había dos presencias infaltables: la Virgen del Rosario (santa patrona de la provincia) y la botella de alcohol en gel.

Volviendo a Tilcara, en principio, todos los comercios debían tener en sus ingresos un pulverizador con este líquido disponible, y durante varios meses los mismos comerciantes se encargaban de rociar las manos de los clientes, tanto al entrar como al salir. Gradualmente fueron apareciendo, en distintos establecimientos, pedaleras de metal, con carteles que indicaban no tocar, sino pisar (Figura 13). Este dispositivo, de mecánica sencilla, eliminó la necesidad de contacto de la piel con el objeto. Sin embargo, con el tiempo éstas se fueron deteriorando, quedando en muchos casos como un soporte de los dispensadores de alcohol, que deben ser

accionados obligatoriamente con las manos, perdiendo su función original. Aquellas que dejaron de funcionar no fueron arregladas ni reemplazadas. Y si bien en muchos comercios ya no existe siquiera alcohol a disposición para los clientes, los comerciantes lo utilizan detrás del mostrador, principalmente tras entrar en contacto con el dinero, quizás de los objetos más manipulados e intercambiados en el pueblo. Ya son dos años en los que diariamente y de forma casi compulsiva debemos tener este líquido en las manos, a tal punto que varios comerciantes, frente a nuestras preguntas, nos destacan lo reseca que están sus palmas, o que ya han perdido sus huellas digitales de tanto alcohol.

Figura 13. Pedaleras con alcohol en gel en el ingreso a comercios tilcareños.



## REFLEXIONES FINALES

En este artículo hemos planteado una serie de reflexiones que surgen de nuestra experiencia pandémica haciendo trabajo de campo en el lugar donde vivimos: una Tilcara transformada por un patógeno biológico que ha repercutido fuertemente en nuestras prácticas sociales. Un diálogo entre el registro de las nuevas materialidades que irrumpieron en el espacio público, nuestra mirada particular sobre este espacio y este tiempo, y las entrevistas que hemos realizado a otros y otras habitantes de Tilcara durante 2020 y 2021. Este ejercicio de formular un relato guiado por las materialidades nos puso de frente a la creatividad social. Es decir, a cómo ha existido una apropiación local de los protocolos pandémicos, en el marco de una situación que ha afectado al mundo, con normativas y recomendaciones planteadas desde organismos internacionales como la OMS. Entre estas problemáticas, se encuentran los distintos destinatarios de los mensajes que se han planteado en los carteles que registramos fotográficamente. Primero, aquellos vecinos y vecinas que no cumplían con el uso de barbijo o las condiciones del aislamiento; luego, con la vuelta de la movilidad, los y las turistas que, conociendo los protocolos, también elegían no cumplirlos. De esta manera, retomamos esta posición teórica de la antropología centrada en el análisis material, donde las materialidades constituyen una vía de acceso a la configuración social de otredades y alteridades (Stocking, 1985, en Ceriani Cernadas y Puglisi, 2021).

Además de las posiciones teóricas planteadas desde la antropología y la arqueología en cuanto al estudio de la materialidad, en este artículo nos amparamos en el concepto de “cronotopías culturales” delineado por la semióloga Pampa Arán (2016), que nos brindó un marco para el análisis de estas materialidades en el contexto de la temporalidad pandémica en un *locus* determinado. De esta manera, podemos plantear que la cronotopía cultural de la pandemia en Tilcara se encuentra delimitada por una serie de marcadores materiales que aparecieron en 2020, se incorporaron y masificaron durante 2020 y 2021, e iniciaron un proceso de descarte, desuso y deterioro durante 2022. En la disciplina arqueológica, muchos objetos materiales son considerados temporalmente diagnósticos, ya sea por sus

características estilísticas (por ejemplo, una vasija con un diseño particular, un cuchillo ceremonial incaico) o intrínsecas (el hueso de una vaca o de una oveja en el continente americano es diagnóstico de la presencia europea). Los distintos carteles relevados, así como las pedaleras de metal que sostuvieron las botellas de alcohol en gel, o incluso los pocos demarcadores de distancia que siguen pintados en los suelos de Tilcara, resultan en materialidades diagnósticas del periodo de la pandemia de COVID-19 en este espacio específico.

Por ello, este artículo ha buscado, también, plantear las claves interpretativas para pensar algunas de estas materialidades como el registro arqueológico de la temporalidad pandémica. Aquí es donde pensamos, más que nada, en los barbijos. Antes objetos asociados con la práctica médica o con epidemias asiáticas, de escasa o nula circulación en nuestras vidas cotidianas, actualmente se convirtieron en elementos de descarte común, que aparecen en proporciones similares a otros componentes de la basura. Ayudados por las calles de tierra, poco a poco los barbijos están comenzando a formar parte de una capa sedimentológica de nuestro presente y pasado reciente en Tilcara, y cabe preguntarnos si serán un objeto relevante en las preguntas arqueológicas del futuro.

Retomando las herramientas de la antropología de la experiencia, las distintas materialidades que hemos registrado en una profunda relación con los protocolos pandémicos constituyen, así, expresiones de la experiencia social de la pandemia. Es decir, discursos y materialidades que reúnen las vivencias individuales, inenarrables, en una experiencia intersubjetiva. De esta manera, cada materialidad nos ha permitido profundizar en sus implicancias sociales, vinculadas a la reconfiguración del encuentro y las corporalidades, a los consensos y contradicciones y a las decisiones políticas. Así, este texto estuvo centrado en el flujo de las materialidades pandémicas, desde su aparición y resignificación, incorporación y masificación, hasta el descarte y deterioro. Este recorrido –de alguna manera biográfico– de las materialidades instauradas con el protocolo de bioseguridad nos lleva a situarlas en el propio contexto del devenir de la pandemia. Las prácticas se han ido modificando en sintonía con la percepción del riesgo. El uso de barbijo fue paulatinamente convirtiéndose en una decisión personal, volvieron los besos y abrazos pausados por



el aislamiento y el desconocimiento, y todo ello respondió a una disminución de la percepción del riesgo producida por distintos factores: el hartazgo, la necesidad del encuentro, la baja en la tasa de mortalidad, la habituación a convivir con la enfermedad y la vacunación masiva. En cuanto a la campaña masiva de vacunación, debemos mencionar que no fue un eje de nuestro análisis ya que no existieron materialidades en el espacio público que dieran cuenta de ésta. La presencia de cartelera estuvo restringida al hospital, los *carnets* de vacunación son personales y los residuos reciben un tratamiento especial que los quita de la vía pública. Sin embargo, la vacunación estuvo presente en el discurso cotidiano desde la aplicación de las primeras dosis, y al igual que los barbijos, fue un eje de conflicto y disputas entre quienes confiábamos y quienes descreían en las perspectivas científicas sobre la pandemia, aspecto que fue analizado por Viotti (2020) y Visacovsky (2021) para el caso del Área Metropolitana de Buenos Aires.

Para finalizar, con este artículo culmina una trilogía que comenzamos en 2020, con las primeras impresiones de la irrupción de la anormalidad, y que continuamos con otro escrito en una etapa intermedia, en pleno proceso de normalización. Las materialidades analizadas aquí cumplieron un rol clave en el devenir de la pandemia y la concepción social de la misma. Su aparición e incorporación fueron también un correlato de la aparición e incorporación del virus y la enfermedad a la vida cotidiana, primero en términos de anormalidad y luego bajo la necesidad de normalización. Hoy en día, con el deterioro, descarte y desuso de estas materialidades, situados en el fin de los protocolos, las prácticas pandémicas resultan dispersas. En otras palabras, los materiales asociados a este tiempo, de propiedades imperecederas, sobreviven a las prácticas, y en muchos casos van quedando dentro de las capas sedimentológicas de un pasado reciente.

## AGRADECIMIENTOS

Esta investigación fue sustentada gracias a una beca doctoral y una beca posdoctoral, ambas financiadas por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Agradecemos

las lecturas y comentarios realizados por Carolina Rivet, Laura Pey y Alejandra González.

## BIBLIOGRAFÍA

- Arán, Pampa O. (2016). Cronotopías culturales. Apuntes para desarrollar una categoría sociosemiótica de investigación. En P. Arán (Ed.), *La herencia de Bajtín: reflexiones y migraciones* (pp. 149-158). Córdoba: Centro de Estudios Avanzados. <https://rdu.unc.edu.ar/bitstream/handle/11086/4780/La%20herencia%20de%20Bajt%C3%ADn%20Digital.pdf?sequ> (Acceso: 20 de julio de 2022).
- Argüello, Pablo I. (2020). La (naciente) sociedad del cubrebocas y la efímera extinción del espacio público. Escenarios distópicos ante la pandemia del Covid-19. *Artefacto Visual*, 5 (9), 132-143. [https://www.revlat.com/\\_files/ugd/5373fb\\_7f48a357957643649385acb93e780096.pdf](https://www.revlat.com/_files/ugd/5373fb_7f48a357957643649385acb93e780096.pdf) (Acceso: 20 de julio de 2022).
- Bernasconi, Mariana, Romero, M. Agustina y Golovanevsky, Laura (2021). Mapeo de políticas públicas locales en Jujuy en contexto de pandemia. *Trabajo y Sociedad*, 36 (22), 203-230. <https://www.unse.edu.ar/trabajosociedad/36%20DD%20Bernasconi%20Romero%20y%20Golovanesky.pdf> (Acceso: 12 de junio de 2022).
- Boschín, Silvia Amelia (2020). Subjetividad y vínculos en un mundo con pandemia. *Atek Na [En la Tierra]*, 9, 395-407. <https://plarci.org/index.php/atekna/article/view/651> (Acceso: 20 de julio de 2022).
- Braticevic, Sergio I. y Rodríguez, Javier (2017). Una primera aproximación a la economía del Municipio de Tilcara. *Estudios sociales del NOA*, 20, 7-24. <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/esnoa/article/view/6833> (Acceso: 20 de marzo de 2022).

- Bruner, Edward (1986). Experience and its expressions. En V. Turner y E. Bruner (Eds.), *The Anthropology of Experience* (pp. 3-30). Chicago: University of Illinois Press.
- Carreras, Jesica y Petit, Facundo (2020). Transformaciones en los modos de habitar Tilcara (Jujuy, Argentina): reflexiones antropológicas desde la pandemia. *Tessituras*, 8 (1), 252-278. <https://periodicos.ufpel.edu.br/ojs2/index.php/tessituras/article/view/19572> (Acceso: 20 de julio de 2022).
- Ceriani Cernadas, César y Puglisi, Rodolfo S. (2021). Las formas materiales de la vida religiosa. Cuerpos, objetos y patrimonios en dos movimientos cristianos de Argentina. En L. Bahamondes (Ed.), *Prospección religiosa en el Cono Sur. Mercantilización, materialidades y creencias* (pp. 87-112). Santiago de Chile: CRANN Editores.
- Csordas, Thomas (2008). Intersubjectivity and Intercorporeality. *Subjectivity*, 22, 110-121. <https://link.springer.com/article/10.1057/sub.2008.5> (Acceso: 20 de julio de 2022).
- Finol, José E. (2020). Antropo-Semióticas del cuerpo. Pandemia y transformaciones en la Corposfera: Espacio, desritualización e identidades. *Espacio Abierto. Cuaderno Venezolano de Sociología*, 29 (4), 178-195. <https://www.produccioncientificaluz.org/index.php/espacio/article/view/35066> (Acceso: 2 de junio de 2022).
- Fontana Sierra, Laura (2020). Pandemia y rearticulación de las relaciones sociales. *Perifèria, revista de recerca i formació en antropologia*, 25 (2), 101-114. <https://revistes.uab.cat/periferia/article/view/v25-n2-fontana> (Acceso: 20 de julio de 2022).
- González, Silvana y Winckler, Greta (2020). Entre el ocultamiento y la exhibición: el barbijo en la disputa por el rostro. *Artefacto Visual*, 5 (9), 103-111. [https://www.revlat.com/\\_files/ugd/5373fb\\_4da361dbf8b84c228db4d8b323d86831.pdf](https://www.revlat.com/_files/ugd/5373fb_4da361dbf8b84c228db4d8b323d86831.pdf) (Acceso: 17 de julio de 2022).

- Guber, Rosana (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Grupo Editorial, Norma.
- Guerra Navarro, Edison F. (2020). El miedo como elemento productor del espacio social contemporáneo. *EÍDOS*, 16, 59-69. <https://revistas.ute.edu.ec/index.php/eidos/article/view/743> (Acceso: 20 de julio de 2022).
- Hall, Edward T. (2003). *La dimensión oculta* [1966]. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- Hodder, Ian (2004). The “social” in archaeological theory: An historical and contemporary perspective. En L. Meskell y R. W. Preucel (Eds.), *A companion to social archaeology* (pp. 23-42). Oxford: Blackwell Publishers.
- Ingold, Tim (2007). Materials against materiality. *Archaeological Dialogues*, 14 (1), 1-16.
- Ingold, Tim (2012). Toward an Ecology of Materials. *Annual Review of Anthropology*, 41, 427-442. <https://www.annualreviews.org/doi/abs/10.1146/annurev-anthro-081309-145920> (Acceso: 2 agosto de 2022).
- Knappett, Carl (2007). Materials *with* materiality? *Archaeological Dialogues*, 14 (1), 20-23.
- Mansilla Torres, Katherine (2021). Cuerpos en pandemia en el Perú. Reflexiones desde la fenomenología de Merleau-Ponty. *Devenires*, 22 (43), 217-242. <https://devenires.umich.mx/devenires/index.php/devenires/article/view/739> (Acceso: 20 de julio de 2022).
- Mastrangelo, Andrea (2020). Perspectivas socio antropológicas para el estudio local de la pandemia COVID-19 en Argentina. *Ponto Urbe*, 27, 1-17. <https://journals.openedition.org/pontourbe/9241> (Acceso: 20 de marzo de 2022).

Miller, Daniel (1998). *Material cultures: why some things matter*. London: University College London Press.

Miller, Daniel (2007). Consumo como cultura material. *Horizontes Antropológicos*, 13 (28), 33-63. <https://www.scielo.br/j/ha/a/68xnZMhnd73FV347vdBrvSH/?lang=pt> (Acceso: 15 de mayo de 2022).

Petit, Facundo y Carreras, Jesica (en prensa). Entre la anormalidad y la incertidumbre. Imaginarios de futuro durante la pandemia de COVID-19 en Tilcara (Jujuy, Argentina). *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Jujuy*.

Puglisi, Rodolfo, S. (2018). Materialidades sagradas: cuerpos, objetos y reliquias desde una mirada antropológica. *Ciencias Sociales y Religión*, 20 (29), 41-62. <https://econtents.bc.unicamp.br/inpec/index.php/csr/article/download/12317/7602/23044> (Acceso: 20 de julio de 2022).

Quispe, Ariadna Vanesa (2020). Efectos y repercusiones del COVID-19 en el Patrimonio Cultural Intangible en la localidad de Tilcara, Quebrada de Humahuaca. En L. Bergesio y L. Perassi (Coords.), *La pandemia en/desde Jujuy: reflexiones situadas* (pp. 141-147). San Salvador de Jujuy: Tiraxi Ediciones.

Rabotnikof, Nora (1998). Público-Privado. *Debate Feminista*, 18, 3-13.

Rial, Virginia (2020). Uniformidad y divergencia: Covid 19 pandemia del siglo XXI. *Revista Uruguaya de Antropología y Etnografía*, 5 (1), 81-88. <https://ojs.fhce.edu.uy/index.php/revantroetno/article/view/608> (Acceso: 20 de julio de 2022).

Romero Gorski, Sonia, Martínez, Fabrizio, Vomero, Fabricio, Rial, Virginia, Cheroni, Selene, Rodríguez, Samuel, Tabakián, Gregorio, Dibot, Cristian, Abraira, Rodrigo y Martínez, Joaquín

- (2020). Influencia del imaginario social en período de pandemia, Uruguay, 2020. *Revista Uruguaya de Antropología y Etnografía*, 5 (2), 71-94. <https://ojs.fhce.edu.uy/index.php/revantroetno/article/view/858> (Acceso: 20 de marzo de 2022).
- Schweitzer, Mariana (2014). Políticas ferroviarias en la Argentina. Planes y proyectos en la primera década del siglo XXI. *Revista Transporte y Territorio*, 10, 13-32. <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/rtt/article/view/501> (Acceso: 20 de julio de 2022).
- Stocking, George (Ed.) (1985). *Objects and Others. Essays on museums and material culture*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- Troncoso, Claudia (2009). Patrimonio y redefinición de un lugar turístico: la Quebrada de Humahuaca, Provincia de Jujuy, Argentina. *Estudios y Perspectivas en Turismo*, 18 (2), 144-160. <https://www.estudiosenturismo.com.ar/PDF/V18/v18n2a3.pdf> (Acceso: 20 de julio de 2022).
- Turner, Victor (2013). *La selva de los símbolos. Aspectos del ritual ndembu* [1967]. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- Viotti, Nicolás (2020). Desconfío. *Revista Anfibia*. <http://revistaanfibia.com/ensayo/negacionismo-cientifico-desconfio/> (Acceso: 20 de mayo de 2022).
- Visacovsky, Sergio (2021). La investigación se abre camino: trabajo de campo etnográfico sobre la pandemia de COVID-19 en Buenos Aires en tiempos de incertidumbre. *Cuestión Urbana*, 5 (10), 19-34. <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/cuestionurbana/article/view/7052> (Acceso: 25 de julio de 2022).
- Zapata Hidalgo, María (2020). Nuestra piel: zona de contagio. En S. Evangelidou y A. Martínez-Hernández (Eds.), *RESET. Reflexiones antropológicas ante la pandemia de COVID-19* (pp. 75-76). Tarragona: Publicacions de la Universitat Rovira i Virgili.



Zunino Singh, Dhan (2020). Es distanciamiento físico, no social. Ideas-fuerzas sobre la proximidad. *Bordes*, 16, 89-94. <https://publicaciones.unpaz.edu.ar/OJS/index.php/bordes/article/view/677> (Acceso: 20 de julio de 2022).

Recibido: 5 de agosto de 2022

Aceptado: 12 de noviembre de 2022